

LA VOZ POETICA DE JUAN EMILIO ARAGONES

EN nuestra poética moderna, no solamente hay caos, desconcierto, como afirman algunos. Puede que estos nombres digan algo: Juan Ramón, Alexandre, Cernuda, Dámaso Santos, Gerardo Diego, etc. Suponen equilibrio y profundidad. Queda el consuelo y la esperanza de muchos valores jóvenes. El distanciamiento espiritual que se señala, es más bien acomodaticio, de falsa postura o impotencia. No ser nada; no haber nada.

Juan Emilio Aragonés, el personaje de hoy, es un poeta que ha sabido compenetrarse con su tiempo, ser de su tiempo. A veces se abandona a sí mismo, pero no para evadirse en el vacío que seca, sino para encontrar en esta huida, ese amor que necesita el hombre. Mística amarga porque siempre hay dolor.

Aragonés, se inició en las letras como poeta. Más tarde surgió su otra vocación: el teatro, pero en su aspecto de crítico, ingrata misión por lo que supone de renuncia.

Nació en Sabiñánigo (Huesca) el día 24 de junio de 1926. A los catorce años se traslada a Madrid con su familia y allí se forma en la Universidad. De niño siente ya la inquietud literaria y en 1948 publica *Nada más lo que soy*, primer libro de poesías que lleva todos los sueños del despertar. Cuatro años después sale su segundo título: *El pan y la sal*. A partir de 1953 su firma aparece en las secciones de la crítica teatral en diversas revistas culturales y universitarias, trabajo que alterna con la publicación de ensayos, cuentos y artículos. Por el ensayo *Tradición mariana en el teatro español*, se le concede un accésit en el Premio Nacional de Literatura de 1954. Pocos meses después le es otorgado el Premio Nacional de Teatro por su densa labor de crítica y divulgación, que reúne en el libro *El Teatro y sus problemas*, editado por la Real Escuela Superior de Arte Dramático. Es vocal del Consejo Superior de Teatro y subdirector de "La Estafeta Literaria", de Ma-

drid, donde ejerce la crítica teatral. Ha pronunciado numerosas conferencias y tiene en su haber más de 60 premios entre poesía, artículos, etc. Prolífera y amplia es su obra.

Creo que Juan Emilio Aragonés ha sabido sobrellevar de una manera estoica y con ánimo de buen baturro, la lucha en ese terrible ruedo literario. Aunque siempre hay desgarró, se deja algo en el camino.

Estamos en su despacho de Redacción de "La Estafeta Literaria", en la madrileñísima calle del Prado, 21, sede del Ateneo, testigo de todo el acontecer literario español. Sobre su mesa de trabajo grandes dibujos y fotografías que luego ilustrarán las páginas de "La Estafeta" y galeras, que va corrigiendo. No hay prisas y salimos a la cafetería. El Ateneo también tiene cafetería. Junto a la taza de café, el vaso de whisky o el buen vino tinto, el diálogo es más sincero, menos protocolario. Los despachos siempre intimidan algo. Juan Emilio, pródigo en amistad, busca el acercamiento, pero no por ética, sino por amor. Tiene alma de soñador, de poeta que mira las estrellas sin olvidar las miserias humanas. Lleva en la mano sus últimos poemas. Leo: "He derramado amor a manos llenas". Más adelante dice: "Ansío descubrir alguna sombra, donde poder tumbarme en el olvido". Esto sería suficiente para encontrar al hombre. Hablamos de don Ricardo del Arco: de sus magníficas biografías de los hermanos Argensola.

—Admirable conocedor y degustador de la literatura aragonesa—me dice.

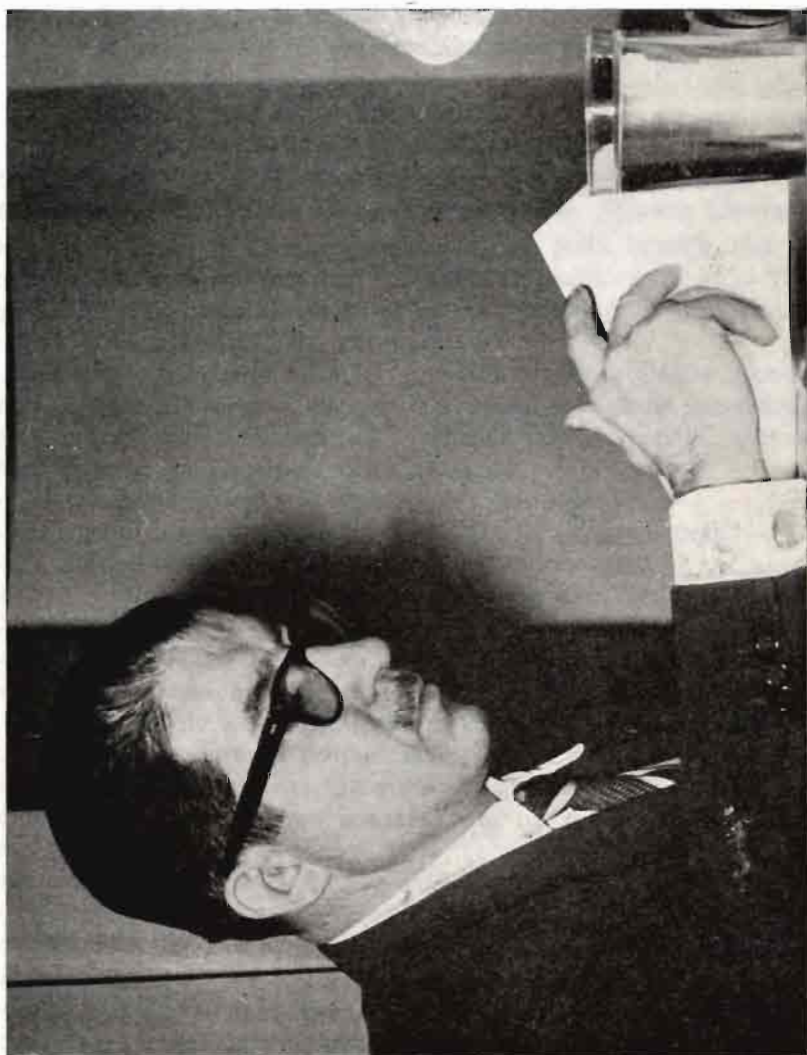
—¿Los Argensola fueron acaso más políticos e historiadores que poetas?

—La personalidad de ambos como poetas es, en mucho, superior a la que lograron como historiadores y políticos. La obra de Lupercio es más meridional e imaginativa que la de Bartolomé.

—Lope de Vega, amigo de ellos, escribió: "...no hallaron quién se opusiera a tanta erudición, gravedad y dulzura; antes parece que vinieron de Aragón a reformar en nuestros poetas la lengua castellana, que padece, por novedad, frases horribles, con que más se confunde que se ilustra".

—También en esta ocasión supo hallar el fabuloso Lope la adjetivación precisa y justa. Igualmente ratificaría su dictamen si los Argensola fueran gallegos o sevillanos, que conste—me dice.

Juan Emilio ama a su tierra. En un banquete que se celebraba en su honor le oí decir, en los postres, que de los galardones que más se preciaba eran los que le habían concedido en estas tierras. No olvida nunca que es altoaragonés porque se enorgullece de ello.



—Cervantes, quejoso por no conseguir un favor de los hermanos Argensola, sentenció:

“Con estos famosos me enemisto,
que habiendo levantado la poesía,
al buen punto en que está, como se ha visto,
quieren con perezosa tiranía,
alzarse, como dicen, a su mano
con la ciencia que a ser divinos guía.”

Como descargo, Juan Antonio Pellicer y Safocarda, en *Ensayos de una Biblioteca de traductores españoles*, argumenta: “Estaba Cervantes casado y era ya de 65 años, circunstancia que pudo impedir que los Argensola, de natural por otra parte ingenuo, le facilitaran el largo viaje a Nápoles. Y buen deseo estaba el prometer, no siempre dependería de su arbitrio el cumplimiento de sus promesas.”

—Mira: Los aragoneses somos demasiado dados a llamar siempre al pan, pan, y vino al vino. Y ello puede acarrear nos algunas enemistades circunstanciales, incluso de aquellos a quienes más en estima tenemos. Eso pudo pasar a los Argensola con Cervantes.

—¿De los Argensola a hoy, qué camino nos separa?

—Líricamente, escaso, porque la buena poesía es intemporal.

—¿La moda es servidumbre, pues?

—Sí, pero sólo para quienes se someten a sus dictados.

—¿Puedo preguntarte qué es el amor?

—Claro... Una mujer y un hombre... y la excelsa posibilidad de que una más uno sean tres, en lugar de los dos que Pitágoras diría.

A veces parece retraído, metido en sí mismo; pero no, no hay tabique. Se establece pronto la comunicación. Juan Emilio mira a los ojos y habla pausadamente como si interrogara y afirmara a la vez. Siempre comedido, sin énfasis, con voz apagada para no romper la intimidad.

Bebe vino tinto.

—Es lo mejor. ¡Alegra el alma!—dice.

—¿Dónde está el duende que inspira?

—Si yo lo supiese, otro gallo me cantara. Tengo que conformarme con la perseverancia.

Federico Muelas fue el primero en descubrir a Juan Emilio Aragonés. Saludó jubiloso la llegada del joven poeta. Más tarde diría: “Hallazgo poético importantísimo.” Un crítico escribió: “Para Aragonés la poesía es el propio hombre unido a su contorno, amado y parecido día a día”.

También se adentra, se mete en lo hondo de las cosas pequeñas, realidades que pueden llegar a lo sublime en su redescubrimiento.

—Gerardo Diego decía que el hombre es un ser imaginario.

—Es lógico que un gran poeta diga eso, buceando en su propia idiosincrasia. Mas yo conozco hombres bien delimitados, que no aceptan nada quimérico en ellos.

—¿Sientes la poesía como función liberadora, o como descubrimiento de nuevas realidades?

—Como posibilidad de ensanchar los naturales medios expresivos. Resueltamente, para mí, poesía es comunicación. Mediante ella me radiografío para los otros hombres.

—¿Qué es lo que nunca morirá en nuestra lírica?

—Aquello en lo que se ha sustentado durante siglos: los sentimientos humanos, expresados con sinceridad y belleza, con autenticidad de fondo y hermosura formal.

—Oye, Juan Emilio, ¿la ciencia terminará haciendo concesiones al espíritu?

—Sólo el soplo del espíritu da vida a la ciencia. Así lo pienso.

—¿Qué baza importante has jugado en tu vida?

—La de haber trocado la mediocridad asegurada de un empleo fijo por la peligrosa aventura del pleno quehacer literario. Por ahora, no puedo decir que la baza haya sido de triunfos, pero sí que en el cambio he salido ganando, incluso económicamente.

—¿Qué te exige tu conciencia?

—Escribir cada día, tanto cuando enjuicio la obra de los demás como cuando realizo trabajos de creación, la verdad de lo que siento.

Juan Emilio no establece fronteras porque limitan; tampoco quiere que su prosa lírica actúe como simple impulso meditado. Lo social, en su obra, no es pose o juego de estilística pura, más bien alma que se estremece en la soledad soñada o en la oscuridad de las miserias humanas. Sólo precisa del instante para gestar lo que lleva dentro, esa feliz inspiración que todos deseamos.

—¿A qué generación pasarías la antorcha?

—A la que me suceda, sin fijarme en quiénes la componen, ni paramientos en si piensan o no como yo. La vida no admite zurcidos ni tolera saltos en el vacío.

—¿Qué ahoga el espíritu?

—La carencia de ambición. Y también una ambición desmedida. Hay que saber hasta dónde se puede llegar... y luchar a brazo partido para no quedarse varado antes del puerto.

—¿El hombre con su fe, o el hombre con su angustia?

—La fe implica dudas y toda duda supone angustia. Yo diría que el hombre con su fe, sin pasar de matute la angustia de sus dudas.

—Ahora preguntamos, no al poeta, sino al crítico: ¿En la historia, en el renacimiento del teatro, qué nombres salvarías?

—Habría que saber qué período se califica como “renacimiento del teatro”.

—De los últimos treinta años. Más o menos...

—Hay, para mí, claro, cuatro nombres señeros: Jardiel Poncela, Buro Vallejo, Miguel Mihura y José López Rubio.

La cafetería del Ateneo se llena. Caras y nombres conocidos: también jóvenes. Quizás algún día nos hablen a nosotros. Juan Emilio, ahora, se ha puesto a pensar. Calla. Yo me pregunto: ¿Dónde empieza el hombre y termina el poeta? Si, está en la vitalidad del ser; en la pequeña o gran hoguera que se lleva dentro.

—¿Seguimos hablando de teatro?

—Bueno...

—¿El autor debe dominar la trama, o la trama al autor?

—En el proceso creador dramático se da siempre en circunstancias de aparente paradoja: el autor comienza su trabajo dominando a la trama y ésta concluye apoderándose de él. La tarea del autor radica entonces en conseguir que no se le escape del todo.

—¿La expresión por el tema?

—En el teatro, la acción es más importante que la palabra y hasta que el tema. En la poesía, sólo hay logros verdaderos cuando la temática interesa a todos y el poeta encuentra para expresarla palabras insólitas a la vez que convincentes.

—Entonces el teatro es...

—Espejo de la vida o si quieres, escuela de costumbres.

—¿Y la poesía?

—Comunicación espiritual mediante el uso de palabras armoniosamente ordenadas.

Dicen que cuanto más humano es el hombre, más sensible es al dolor. Quizá por eso escribiera Juan Emilio Aragonés en uno de sus poemas:

“Un niño fui, con la mirada limpia,
inocente y golosa que aún espera.”

Evasión esperanzada; vida que añora y espera...